

La acción del Espíritu Santo

Theologica Xaveriana ha querido unirse al dinamismo espiritual de preparación para el año 2.000 promulgado por el papa Juan Pablo II. Por eso, en este número, centramos nuestra reflexión en el Espíritu Santo, tema propuesto para este año 1998; también tratamos algunos de los temas complementarios: la esperanza, el sacramento de la confirmación, la unidad de la Iglesia.

El final de este milenio no viene claramente caracterizado por el cumplimiento de algunas predicciones que se hacían sobre él. La pobreza galopante en los mal llamados países del tercer mundo no ha sido superada por las políticas económicas neo-liberales y el libre juego del mercado sino que más bien la lógica interna del sistema parece exigir esta desigualdad. La emergencia del cuarto mundo en los mal llamados países desarrollados o del primer mundo contradice la llegada a una sociedad de bienestar para todos los habitantes: las reivindicaciones identitarias contrastan con las propuestas de aldea global y conducen a guerras inauditas. Los movimientos religiosos de todos los nombres caminan hombro a hombro con la secularización y el imperio de la racionalidad. La tecnología de punta, la informática, la ingeniería genética, la bioética y las nuevas ciencias interdisciplinares se enfrentan nuevamente a preguntas antiguas de la metafísica y la teología para pensar juntos a Dios y a la ciencia: ¿De dónde viene el universo? ¿Qué es lo real? ¿Cuál es la relación entre la conciencia y la materia? ¿Por qué hay algo en lugar de nada?

Todos estos aspectos del actuar y pensar del hombre contemporáneo están insinuando la vigencia en el hoy de la humanidad de lo que era en el principio: La tierra era algo caótico y vacío y las tinieblas cubrían la superficie del abismo, mientras el Espíritu de Dios aleteaba sobre la superficie de las aguas (Gen. 1,2). El complejo, y, a veces, tragicómico desarrollo de la historia contemporánea nos está mostrando la presencia de lo caótico atravesado por un principio regulador de ese mismo caos; ello señala la necesidad de sentido y la presencia activa de la acción histórica de Dios, que sopla donde quiere y pasa como la brisa suave.

Estar en el año del Espíritu invitados a pensar en los retos del nuevo milenio es tomar conciencia de su acción en el hoy de la humanidad. El Espíritu que impulsa

las luchas de los pobres de todos los mundos, de los marginados, de los excluidos. El Espíritu de Dios que recrea la fortaleza de los pobres en tiempos en los cuales muchos de sus antiguos defensores se repliegan al abrigo preservador de instancias institucionales de seguridad. El Espíritu en las búsquedas de las culturas indígenas, negras y mestizas, en todas las luchas de reivindicación de la propia identidad ante el embate avasallador de culturas imperiales. El Espíritu que despierta el sentido religioso en contra de todos los racionalismos y de todos los prejuicios cientificistas, llamando a sentarse a la mesa del diálogo a todos los hombres y mujeres que quieren construir una casa habitable para el hombre.

El Espíritu que suscita la defensa de la creación en todos los movimientos ecologistas de esta hora de gracia. Él, allí impulsa los sueños de muchas mujeres y hombres que buscan maneras nuevas de presencia en los nuevos areópagos de la misión. Ministras y ministros del tercer milenio para el mundo de la exclusión y de la violencia, de la academia y de las artes, de la política y de la economía, de la informática y de la búsqueda de un hogar en donde se viva el amor filial, el sentido paternal y maternal de Dios, el entusiasmo fascinador de seguir a Jesucristo el Hijo de Dios y la fuerza vitalizadora del Espíritu que crea novedad en las experiencias personales y en las construcciones sociales, políticas, económicas y culturales. Divina Trinidad que invita a la construcción de una humanidad comunitaria, en función de la búsqueda de un proyecto nuevo de humanidad que excluya toda lógica que no conduzca a la construcción de un mundo en donde el hombre pueda, no solo llamarse, sino ser «imagen del Dios de la vida».

Y en condiciones como las que vivimos en Colombia el Espíritu está allí, en el dolor y la tragedia de tantos desplazados, torturados y secuestrados, esos que forman parte de la gran tribulación de una historia de injusticias que ha generado la violencia que hoy sufrimos. Pero, en medio de tantas muertes, hombres y mujeres de Iglesia toman el sudor y la sangre del pueblo violentado como su propio sudor y sangre y una nueva aurora se asoma tímida y sutilmente en el panorama sombrío de esta patria mancillada: el Espíritu de Dios aletea sobre los montes, colinas y valles de Colombia, sus mares y sus ríos, sus veredas y cañadas porque todavía, y posiblemente más que nunca, las mujeres y hombres de Colombia somos habitados por el Espíritu regulador del caos, invitándonos a una nueva creación.

De la búsqueda de esta presencia del Espíritu en la historia y de los dinamismos e ilusiones que ella genera, se ocupan los diversos trabajos de este número de la revista. Cada uno de ellos, en su peculiar originalidad, contribuye a dar el tono y el colorido que provoca la acción del Espíritu en el hoy de la humanidad y de la cruda realidad de la Colombia herida.